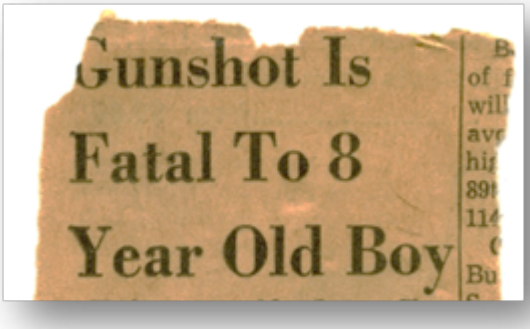
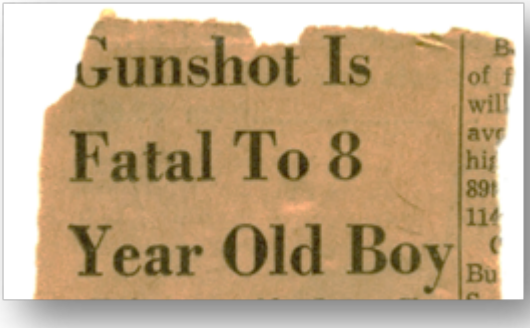
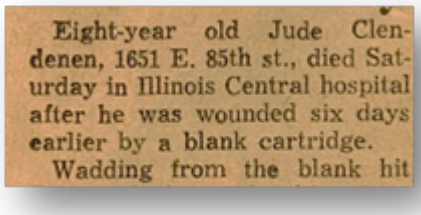
Vivir nuestros lamentos



Hace aproximadamente un año, estaba escuchando una presentación en línea de la artista y escritora espiritual Jan Richardson. Al reflexionar sobre los muchos libros que ha escrito y las charlas que ha dado, hizo una pausa y dijo: *en realidad solo tenemos un mensaje.* Cada quien tiene un mensaje que le pertenece y que capta la esencia de su convicción sobre de qué se trata su vida. Un solo mensaje que llevamos y entregamos una y otra vez con nuestra propia vida. Esto suscitó una significativa autorreflexión. Cuando tenía 25 años, encontré un libro de poesía de un poeta que era dos años mayor que yo. Lo saqué de un estante, me quedé de pie en la librería leyendo, y entonces mis ojos se fijaron en esto:

«Tenía doce años cuando lo maté; sentí que mis propios huesos se arrancaban de mi cuerpo. Ahora tengo veintisiete y camino junto a este río, buscándolos. Se han convertido en un puente que se extiende hacia la otra orilla».[1]




Eight-year old Jude Clendenen, 1651 E. 85th st., died Saturday in Illinois Central hospital after he was wounded six days earlier by a blank cartridge.
Wadding from the blank hit

Chicago Sun-Times, 22 de noviembre de 1961

¿Cómo más puedo decirlo? Tenía once años cuando lo maté. Por más accidental que haya sido el disparo, mi hermano menor murió a manos mías. Eso fue en 1961. El Chicago Sun Times publicó una pequeña nota en el momento de su muerte con el titular «Disparo fatal para un niño de 8 años». «El relleno del cartucho de fogueo le dio a Jude en la espalda después de que su hermana Avis, de 11 años, le disparara con una pistola de 38 desde menos de un metro de distancia». Las armas que había en la habitación de mi primo estaban descargadas, pero sin intención consciente, mi primo adolescente volvió a cargar la pistola con cartuchos de fogueo y salió de la habitación. «Oye», dijo Jude, «haz como si me dispararas». Tomó un rifle y me dio la espalda. Se arrodilló sobre una rodilla y apuntó el rifle. Apunté a su espalda y apreté el gatillo. El periódico informó: «Jude y Avis estaban jugando en la parte trasera de la casa, donde encontraron dos armas: una pistola y un rifle del calibre 22. Estaban jugando a disparar cuando el arma se disparó». Al reflexionar sobre el hecho de provocar una muerte accidental como una herida moral, David Peters dijo que, cuando alguien provoca accidentalmente la muerte de otra persona, se quiebra un código y te quedas preguntándote si ya no eres una buena persona.[2]

No fue hasta que llegué a los veinte que descubrí a alguien con quien compartir el dolor y la culpa, gracias al inquietante poema de Gregory Orr. Tenía once años cuando, sin querer, le quité la vida a Jude. Durante la mayor parte de mi vida, guardé silencio (al igual que todos los que me rodeaban) ante esta tragedia. Al considerar el comentario de Jan Richardson sobre llevar un solo mensaje, me di cuenta de que mi mensaje, de lamento, está plasmado en la poesía y guía mi día a día. Me he pasado la vida recorriendo ese lugar, recogiendo los huesos, como Ezequiel, rezando para que cobren vida (Ezequiel 37, 1-14), cuando uno se debate en los «escombros narrativos» de su vida, tan acertadamente descritos por la biblista Kathleen O'Connor en *Lamentations and the Tears of the World [Lamentaciones y las lágrimas*

del mundo] (2002). He compartido sentimientos de desolación, quejas y dolor insoportable con el Libro de las Lamentaciones. El Libro de Lamentaciones es un poema bíblico inquietante porque saca a la luz experiencias, recuerdos y sentimientos que suelen quedar relegados a las sombras. El Libro de Lamentaciones, por antiguo que sea y con solo cinco capítulos, escrito por el profeta Jeremías en el año 586 a. C. nos habla directamente al corazón del lamento: las historias de nuestras vidas que llevan consigo un dolor sin igual y la promesa de que, a través de la herida, llegaremos a la sanación y seremos y transmitiremos ese mensaje con nuestras propias vidas.

Kathleen O'Connor describe el testimonio del Libro de Lamentaciones como «amargo, crudo y sin sanar»; sus poemas usan «palabras heridas» para revelar el sufrimiento humano y anuncian una lucha desordenada por expresar el dolor y llegar a la esperanza.[3] En resumen, el Lamentaciones es un resto narrativo que clama por el refugio de una nueva historia que transforme la «casa del dolor», fría y silenciosa, en el cálido hogar donde vuelva a habitar el Santo.[4] Al igual que el profeta Ezequiel, los que se lamentan se preguntan cómo pueden revivir los huesos secos. El lamento es algo muy visceral. Parece que la gente que se reúne en el Muro Occidental, antes conocido como el «Muro de las Lamentaciones», ese último vestigio que queda del muro de contención que en su día sostenía el Monte del Templo, la plataforma sobre la que se alzaban el Primer y el Segundo Templo en la antigua Jerusalén. Después de que los babilonios destruyeran el Primer Templo en los años 587-586 a. C. y los romanos destruyeran el Segundo Templo en el año 70 d. C., solo quedaron partes de los muros de contención exteriores, y el Muro Occidental se convirtió en la sección más accesible. Un lugar sagrado de la oración, el duelo y el anhelo judíos de resistencia, es habitual ver a gente de todas las religiones pararse ante el Muro e introducir pequeños trozos de papel con sus sinceras peticiones de lamento, dolor y esperanza en las grietas. Esta costumbre se remonta a la creencia ancestral de que la Presencia Divina (*shekhiná*) descansa sobre el Muro Occidental, lo que lo convierte en especialmente receptivo al Oído Divino. Del mismo modo, los irlandeses tienen la práctica visceral del *keening*, que comparte algunas características con la práctica devocional en el Muro de las Lamentaciones, ya que ambas tienen una orientación subyacente al duelo colectivo y al poder de los recuerdos dolorosos;[5] sin embargo, su orientación ritual es diferente. El *keening* funciona como un lamento performativo, vocal y asociado a la muerte y al duelo, mientras que la oración en el Muro Occidental

constituye una práctica devocional que entrelaza la súplica personal con el anhelo judío simbólico y perdurable por el Templo, entretejido con el gemido de los corazones humanos que buscan el consuelo de la Presencia Divina. A principios de los años 50, recuerdo que mi madre decía: «Antes de morir, quiero ir a Tierra Santa, visitar el Muro de las Lamentaciones y zanjar mis asuntos con Dios».

Esto lo hizo viviendo sus lamentos.



Margaret Ann Clendenen en el Muro de las Lamentaciones a principios de los años 70.

Quienes se lamentan se enfrentan cara a cara con la teodicea. La pregunta más difícil de la teología: ¿Cómo nos las arreglamos con una deidad omnipotente, omnisciente y llena de amor que permite que el mal y el sufrimiento campen a sus anchas en el mundo? ¿Cómo es posible que existan el dolor y el sufrimiento interminables junto con un Dios que es bueno, amoroso y todopoderoso? ¿No podría un Dios así usar su poder para invertir la marea del sufrimiento humano inmerecido? La teodicea es el intento de conciliar la existencia de Dios y la realidad del sufrimiento inmerecido. La teodicea es la respuesta religiosa al problema del dolor y el sufrimiento: un esfuerzo inteligible por reunir la bondad ilimitada de un Dios todopoderoso con la aterradora realidad de una crueldad sin frenos en el mundo. La palabra, acuñada en el siglo XVIII, ha involucrado a teólogos durante siglos en la exploración de la naturaleza de lo Divino en yuxtaposición con los inconcebibles horrores de la muerte y la destrucción, y la aparentemente interminable propensión humana a causar daño e infligir sufrimiento generación tras generación. Con honestidad, nunca habrá una respuesta satisfactoria a la cuestión de la teodicea; hay quienes encuentran una frágil reconciliación al experimentar el significado que expresó Ernest Hemingway cuando

escribió: «El mundo nos deja a todos quebrantados, y después muchos se vuelven fuertes justo en esos puntos donde fueron quebrantados».[6]

Los lamentos claman que alguna esperanza sagrada pueda desatar el nudo de un dolor casi insoportable, insuflando nueva vida en almas gastadas y cansadas (Ez 37,5). Tales preguntas, que surgen de la experiencia humana, encierran el misterio del lamento, una promesa de proporciones bíblicas. A los 75 años, sigo indagando el dolor, el poder y la promesa de pasar mi vida caminando allí, reuniendo los huesos, viviendo todas las maneras que se han convertido en el puente que se arquea hacia la otra orilla. Sigo viviendo el mensaje y siempre lo haré. La diferencia es que he añadido otra línea a mi único mensaje. Pasaré mi vida caminando allí, reuniendo los huesos. Se han convertido en un puente que se arquea hacia otra orilla *donde las misericordias de Dios son nuevas cada mañana*. Tales son las únicas palabras de esperanza de un solo versículo del Libro de las Lamentaciones en la Biblia (3, 22-23). Una sabiduría profunda que se oculta y reside en un solo versículo de la sabiduría antigua.

Cuando cumplí sesenta años, una década después de que muriera mi madre, decidí escribir sobre «el accidente», algo que no habría podido publicar mientras ella vivía. Falleció en 2001, dejando una caja de sombreros que contenía lo que había guardado para recordar en privado a su hijo pequeño. Aunque moví la caja de sombreros varias veces mientras ella se mudaba de la casa familiar a distintos pisos, luego a una residencia para personas mayores y, finalmente, a una residencia asistida, nunca la abrí. Me sorprendió ver, cuando fui a vaciar su última vivienda tras su muerte, que la caja de sombreros seguía en su armario. Me la llevé a casa y, enseguida, la dejé en el sótano sin atreverme a abrirla. Sabía que tenía asuntos pendientes por la muerte de Jude, pero nunca conseguía abordarlos sin sentirme abrumada por la tristeza, la vergüenza y la culpa. Recuerdo haber evocado la intuición del psicólogo de la profundidad Carl Jung acerca del sufrimiento más común que descubrió durante sus muchos años de análisis con personas. Dijo que el dolor más profundo que llevan los seres humanos es la historia que no se cuenta.[7]

La liberación y la sanación solo pueden producirse cuando se permite que la verdadera historia salga a la luz. Quizás exista una «fe postraumática», una fe moldeada y profundizada por el dolor. Esta intuición me llevó a un versículo contundente de la carta a los Efesios 5, 13: «Cuando se las pone de manifiesto,

aparecen iluminadas por la luz». La reflexión de Jung sobre la historia aún por contar, el pasaje de Efesios y la caja de sombreros sin abrir me llevaron poco a poco a tomar la decisión de abrir la tapa de la caja y escribir la experiencia de encontrarme con los recuerdos de la vida de mi hermano menor, que mi madre había guardado uno a uno. El resultado fue el artículo «Asesinos accidentales y su largo lamento», en el que analicé cada objeto de la caja de sombreros y mi encuentro con el poder, la promesa y el misterio del lamento.[8]

En el gran esquema de las cosas, que más de 2.500 personas hayan leído este ensayo en línea en ResearchGate o como parte de las presentaciones de un retiro no es nada del otro mundo. Lo que me ha parecido increíblemente significativo es la cantidad de personas que he conocido a través de este trabajo de explorar la historia que no se cuenta y que, al contarla, encuentran un eco en el permiso que el lamento les da para integrar todo eso en su relación con Dios y, al igual que Job, pedirle cuentas a Dios.

En un gesto inusual, el editor en jefe de la revista *Journal of Pastoral Care and Counseling [Revista de Atención Pastoral y Consejería]* compartió conmigo las respuestas anónimas de los lectores que integraron el jurado del artículo original. Por lo que he visto, la mayoría de los editores resumen los comentarios de los revisores, pero no los comparten directamente. Como rabino con una profunda afinidad por Lamentaciones, dijo que pensaba que sería útil para mi sanación en curso leer el impacto que la pieza tuvo en sus respectivos puntos de vista. Volví a leer esos comentarios mientras preparaba este artículo. «Esta obra», escribió un crítico, «es un relato magníficamente escrito y muy conmovedor sobre el dolor y el trauma de la autora, y su eventual (parcial, creo) recuperación tras un incidente de su infancia en el que, sin quererlo, provocó la muerte de su hermano». Ofrece una visión muy clara del dolor y el sufrimiento que un homicidio accidental puede provocar en el autor, del hecho de que lidiar con la culpa y el duelo puede suponer una lucha que dure toda la vida, y de que es probable que esto lleve a cuestionar seriamente el carácter benigno de Dios…. «Es un lamento muy personal y trata sobre el impacto de los acontecimientos traumáticos en la fe». Recuerdo haberme quedado desconcertado al leer, entonces, en 2010, y de nuevo en 2026, las palabras homicidio involuntario, autor, lucha de por vida y la perspectiva de una recuperación parcial para siempre. Otro crítico señaló el poder de la «auto-divulgación terapéutica» y el «síndrome del duelo complicado», pero le decepcionó que no abordara las etapas de la recuperación ni las «interacciones» emocionales que acompañan el proceso de

pasar del trauma a la sanación. Al mismo tiempo, el crítico elogió el ensayo por incluir un «componente de reflexión teológica que resultaba acertado y bastante conmovedor». Esperaba que el crítico tuviera en cuenta la realidad de la gracia como algo tan real como la identificación de las transacciones emocionales, pero se quedó en el plano de los procesos psicológicos. Por último, el tercer crítico señaló: «Es una descripción tan hermosa y conmovedora del dolor y la lucha que supone el arrepentimiento». «Creo que los lectores se sentirán conmovidos, iluminados y se enfrentarán una vez más a la espinosa cuestión del sufrimiento de los inocentes».[9]

La razón por la que vuelvo a estos comentarios es que sirven como reflejo de los últimos 16 años, en los que he aprendido a convivir con mi dolor. A los 75 años, dejando atrás la mediana edad y en camino hacia la vejez, ¿cómo abordo esta historia exquisitamente dolorosa y la manera en que el lamento funciona como un crisol metafórico para la sanación y la transformación? Lo que sigue incluye citas directas del artículo original, así como adaptaciones que reflejan mi forma actual de ver cómo vivimos nuestros lamentos.

Mi hermano Jude murió una semana después del accidente. El velorio fue dos días después de su muerte. Se hizo el silencio cuando las hermanas de la escuela primaria llegaron en masa al velatorio. Una de las hermanas se acercó y me susurró al oído: «Tienes que ser fuerte. Esta es la voluntad de Dios». Recuerdo que intenté, sin éxito, acallar en mi interior la feroz protesta que se gestaba: «si Dios deseaba esta catástrofe, entonces ya no quería saber nada de Él, nunca más». «Te has cubierto con una nube para que no pase la plegaria» (Lamentaciones 3, 44). Un Dios capaz de infligir tanta crueldad a los niños, tanto sufrimiento sin límites a una joven viuda (mi padre, de 35 años, había fallecido siete años antes), es un Dios que ataca y luego se esconde tras una nube, como un «matón maníaco». Lo que le pasó a Jude y lo que yo estaba viviendo no podía ser, sencillamente, *la voluntad de Dios*. Me encontraba en una encrucijada de enormes proporciones para una chica joven: el Dios que conocía a través de mi tradición religiosa y de mi familia de fe no era el mismo que había permitido que yo matara a mi propio hermano.

«¿No salen de la boca del Altísimo los males y los bienes?» (Lamentaciones 3, 38). Mi largo lamento incluyó una lucha muy prolongada con un Dios con quien debía llegar a un acuerdo. En 1961, la realidad de la atención pastoral o la consejería terapéutica en esta situación no supuso una respuesta inmediata y nunca llegó a materializarse durante el resto de mi infancia y adolescencia. Nadie le sugirió a mi madre que podría

ser importante para mí ver a Jude aquella fatídica semana antes de que muriera y tener la oportunidad de expresarle mi dolor, algo que hoy sabemos que es tan necesario para cerrar cuentas pendientes. No fue hasta los 25 años, después de descubrir el poema, cuando me animé a contar la historia en voz alta a un director espiritual de confianza y, más tarde, a varios profesionales competentes que me ayudaron a lo largo del camino. En las memorias del poeta Gregory Orr sobre el asesinato de su hermano, escribió: «Nadie me enseñó cómo ayudar a mi hermano pequeño en su viaje a la tierra de los muertos; nadie me enseñó cómo bendecirlo y dejarlo marchar».[10] Ahora sabemos mucho más sobre las habilidades y la gracia que ayudan a las personas a vivir en un ambiente seguro y sincero, donde podemos aprender a bendecir y a dejar ir a los demás, así como a enfrentarnos con libertad y determinación al carácter problemático de Dios, con la esperanza de resolver el conflicto sagrado sin añadir más culpa y vergüenza a quienes ya están sumidos en el lamento.

En aquella época, situaciones como la mía se consideraban obra de la «Providencia omnipotente de Dios» y había que aceptarlas sin mostrar emoción alguna. Dios nunca debía ser implicado en el sufrimiento, nunca llamado a rendir cuentas, aunque la gran tradición incluía el desgarrado clamor de Lamentaciones: «¡Recuerda Señor, lo que nos ha sucedido, mira y contempla nuestro oprobio!» (Lamentaciones 5, 1). Durante la mayor parte de mi vida, me fue ajeno el poder del lamento que afirma con audacia que Dios no habla, no consuela, no devuelve a la vida. Dios no hace nada. Precisamente porque Dios no ve (en hebreo, «ver» significa «experimentar»), Dios agrava el dolor, y aquellos cuyo dolor no se parece a ningún otro se vuelven invisibles y totalmente insignificantes para Dios.[11]

Dios es culpable. No hay otra forma de entender el carácter de Dios que sea fiel a la Biblia y a nuestra experiencia vital. Walter Brueggemann afirma: «Así, el Dios del "amor constante y la misericordia" es también el Dios que ha abandonado, y toda constancia actual lleva la huella dolorosa de esa realidad antigua e innegable».[12] La Biblia en sí misma no sirve para encubrir a Dios. La experiencia de la ausencia divina no puede justificarse por la necesidad permanente de reparación humana por el pecado original en el paraíso ni por el hecho de que los seres humanos no vean al Dios presente, pero velado por nuestro propio estado caído. Inténtalo con una niña de once años que mató a su hermano sin querer, y ya verás hasta dónde llegas diciéndole que fue la «voluntad de Dios» la que mató a su hermano y dejó a su familia

destrozada. La ausencia de Dios es real, inexplicable e inexcusable.[13] Se puede y se debe pedir cuentas a Dios por lo que Jung llamaría «el lado oscuro de su personalidad».[14] Así es la vida tal y como es. Esta es la noción de «ansiedad existencial» del teólogo Paul Tillich, de la que nadie está exento. La única forma de superar ese dolor es atravesándolo, precisamente porque el dolor persiste tanto en el texto como en la vida vivida, en toda su crudeza. Una fe auténtica, a menudo deshilachada y visceral, no necesita embellecer los horrores de la vida imponiendo la esperanza antes de tiempo ni refugiándose en el escapismo teológico para evitar la terrible incomodidad que supone permitir que se exprese lo impensable, ni siquiera de boca de los niños o de una asesina accidental que sigue viviendo su lamento, ya entrada en los sesenta.

A lo largo de mis más de treinta y siete años de servicio en el ámbito de la formación teológica y ministerial, he ido sintiendo una necesidad cada vez más apremiante de animar a los pastores que atienden a personas en crisis a que vuelvan al antiguo Libro de Lamentaciones, para que les sirva de ayuda al prestar asistencia a quienes tienen una relación con Dios al borde del abismo. El lamento no es solo la expresión del dolor. En su forma bíblica clásica, es un recipiente estructurado —una especie de «crisol espiritual»— que contiene la experiencia insoportable durante el tiempo suficiente para que se transforme. Dar nombre al dolor llena el recipiente del yo. Se vuelve hacia la herida en lugar de apartarse de ella; mantiene la presión sobre la historia que lucha por ser contada y sobre el dolor que irrumpe, al que se le da rienda suelta; rechazando la consolación prematura.

Quienes dicen acompañar a otra persona deben estar siempre ensanchando el corazón con una capacidad cada vez mayor para sostenerse junto a quienes formulan la eternamente desconcertante pregunta sobre la bondad de Dios en medio de la tragedia humana. Necesitamos más ministros que comprendan y atesoren el regalo del lamento: esas oraciones que brotan de las heridasS estallan de un dolor insoportable y lo llevan a la palabra. Aquellos aulladores originales, que no temían quejarse, gritar y protestar sobre y ante un Dios que se vio obligado a soportarlo. O'Connor señala que «aunque los lamentos parezcan destruir el mundo de Dios, son actos de fidelidad». «Con vulnerabilidad y sinceridad, se aferran con obstinación a Dios y le piden que vea, escuche y actúe».[15] En un mundo en el que demasiados padres de todo el planeta entierran a sus hijos y se libran demasiadas guerras en nombre de Dios, en las que millones de nosotros matamos a otros millones,

necesitamos el punto de referencia que nos ofrece el libro de las Lamentaciones, y no debemos abandonar este texto hasta que logremos extraer de él una bendición.[16]

«Te acercaste el día que te invoqué y dijiste: "¡No temas!"» (Lamentaciones 3, 57). Estas son las únicas palabras atribuidas a Dios en los cinco capítulos de Lamentaciones. Como nos recuerda O'Connor, ni siquiera se trata de un discurso directo, sino de unas palabras recordadas de un tiempo pasado: un recuerdo peligroso. Los siguientes versículos hablan de cómo Dios se hace eco del sufrimiento del pueblo y lo redime. Esta convicción no surge de ninguna intervención directa o palpable de Dios en el momento presente, sino que se basa en una creencia optimista profundamente arraigada en la psique religiosa de quienes confiaron en el Dios del Éxodo como el Santo que los sacó de la esclavitud y los llevó a la libertad. Esa esperanza bíblica «surge sin una causa clara, como la gracia, sin explicación alguna, en medio de la desesperación y en el momento en que menos se espera. Viene de otra parte, sin que nadie lo pida, esquiva, incontrolable y sorprendente, y se nos entrega en el abismo, ese lugar sin esperanza».[17] Aunque la vida está en ruinas, se recuerda al Dios de la salvación, y eso despierta una esperanza firme a pesar de todo lo que indique lo contrario.[18] A pesar de todo lo que indique lo contrario, y en medio de una duda constante y una confusión total, desde lo más profundo del pozo de la desesperanza puede surgir, como le pasó a Jeremías, una llama que te llega hasta lo más profundo:



escultura devocional contemporánea de autor desconocido con una cita grabada de

Jeremías 20,9 («Había en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado en mis huesos: me esforzaba por contenerlo, pero no podía»). Artista desconocido. Fotografía del autor.

No lo voy a mencionar,

ni hablaré más en su Nombre

Pero había en mi corazón como un fuego abrasador,

encerrado en mis huesos:

me esforzaba por contenerlo

pero no podía. (Jeremías 20, 9)

Encontré a este Dios de la luz y la oscuridad, escondido en el ático sin terminar y sin calefacción, al que solía escaparme para llorar en la mecedora que me regalaron cuando tenía cuatro años, cuyos cojines, hacía tiempo que habían desaparecido, y cuyos listones de acero me hacían daño en el trasero. Pero este era un lugar donde nadie me encontraría, donde nadie podía oírme. Pasé gran parte de mi adolescencia meciéndome allí, recomponiéndome por dentro. «Era como si, de alguna manera, mi hermano y yo estuviéramos dentro de una de esas esferas de cristal grueso que encierran un paisaje invernal: dos niños, bien abrigados contra el frío».[19] Fue allí donde me desahogaba sin piedad, angustiado y asustado, suplicándole a Dios que me ayudara a encontrarle sentido a mi mundo hecho pedazos. De alguna manera, sabía que mi súplica no era una afrenta a la aceptación de la voluntad de Dios, sino una dimensión de lo más íntima de mi relación con Él, a la que simplemente no podía renunciar en mi abandono. Tal vez fue porque lo inimaginable ocurrió tan temprano en mi vida que mi imaginación se abrió más de lo habitual para alguien de mi edad. Quizá fue la fe misma de mi madre la que dio testimonio de la esperanza contra toda esperanza. Como tenía poca experiencia con el cinismo y la amargura, quizá simplemente estaba más abierta, vulnerable y dispuesta a que algo inesperado y sorprendente sucediera en mi interior mientras me mecía y lloraba. Lo único que sé es que, con el tiempo, sentí gradualmente una Presencia que habitaba mi dolor, y mi lamento me dio fuerzas para continuar. La historia se había convertido en un crisol. Mi santuario del ático se convirtió en el lugar donde mi corazón, cargado de culpa, fue aliviado por algo amoroso que volvió sagrado mi sufrimiento. Dios vino a

través de la herida. Quisiera decir que este sentido de estar sostenida en Dios perduró sin interrupciones a lo largo de mi vida. Pero, como señaló una de las personas revisoras de mi artículo original, este tipo de recuperación es una lucha de por vida y siempre parcial.

Me acostumbré a sentir esa mezcla de tristeza y culpa cada vez que veía a sus compañeros de clase, en las que habrían sido sus distintas graduaciones, cuando sus primos de su misma edad se casaban, tenían hijos y, más recientemente, ¡cuando su primo favorito se convirtió en abuelo! Siempre tengo una concientización permanente de él en cada reunión familiar, cada 13 de septiembre, el día de su cumpleaños, y cada 18 de noviembre, el aniversario de su muerte; cada vez que revienta un globo; todo el día del 4 de julio; en cada velatorio y funeral; cuando mi hermano mayor estaba muriendo; y en cualquier día, hasta hoy, que me llene de alegría. Mi lucha por aprender a aceptar esta dolorosa realidad a veces me superaba, y volvía a caer en la tristeza y la culpa, lo que me llevó por los caminos de la noche oscura y a un terreno accidentado junto a mi director espiritual y a unos terapeutas expertos. O'Connor expresa el carácter permanente del lamento cuando dice: «La esperanza rara vez se arraiga de forma permanente, ni siquiera con resistencia, tras una tragedia. A menudo, los supervivientes vuelven a revivir su sufrimiento, lo superan por un momento y luego vuelven a caer en el dolor y la pérdida, para resurgir de nuevo mucho más tarde».[20]

Puedo dar fe de que ese misterioso proceso que va del dolor a la esperanza, y que comenzó con una joven solitaria meciéndose en el ático, se fue transformando, con el paso del tiempo y las pruebas, en una concientización más madura y en un compromiso con un Poder y una Presencia más grandes que yo misma. Hay un Dios que preferiríamos tener, pero he aceptado al Dios que vive según su propio nombre, YHWH, que significa: «Estaré ahí como el que soy; estaré ahí contigo».[21] «Yo estaré contigo» es el nombre que revela la forma en que Dios está con nosotros, *no* «Yo te libraré de todo dolor». Acepto la impotencia de Dios para intervenir en los asuntos humanos precisamente porque Dios insistió en nuestra libertad absoluta para que la relación con Dios siempre estuviera arraigada en nuestra elección sincera, aunque vacilante, y siempre sin coacción. Acepto que la historia está a merced de las fuerzas naturales y de la naturaleza humana; que ocurren accidentes. Había que pagar un alto precio divino por ser el Dios que no puede alterar las fuerzas caóticas y destructivas que actúan en el mundo, ni bajar del cielo para quitarme la manita de esa

pistola antes de que apretara el gatillo. Al final, prefiero afirmar la bondad amorosa esencial de Dios a expensas de su omnipotencia. Como bien sabía Bonhoeffer, no existe la gracia barata.[22]

¿Cómo se transforma el lamento crudo, airado y no sanado en confianza, esperanza y acción de gracias? ¿Cómo puede decirse «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mateo 27, 46) junto con «La misericordia del Señor no se extingue ni se agota su compasión; ellas se renuevan cada mañana» (Lamentaciones 3, 23)? Puede que no reconozcas esta hábil acción del Misterio Incomprensible si no te has encontrado cara a cara con ella. Es difícil acompañar a otra persona en un lamento prolongado o entender cómo el dolor se convierte en esperanza si aún no has recorrido ese camino interior. Tu propia historia, esa que aún no has contado, puede suponer una barrera invisible cuando se trata de ser una persona compasiva con corazones desgarrados por el dolor como ningún otro. Esto no es una acusación, sino una invitación a hacer el trabajo emocional y espiritual que cada uno debe realizar por sí mismo.

En sus memorias, Orr comenta cómo el trauma puede deshilachar la red de significados y romper los hilos que nos mantienen unidos en la red de relaciones que conforman nuestra vida interpersonal. Él dice: «La verdadera tarea de una víctima de trauma —la tarea que hace que la vida vuelva a merecer la pena— es volver a conectar el yo con el mundo. «Para ello, tienes que volver a tejer la telaraña, arriesgarte a hilar nuevos hilos hasta que formen un patrón sólido en el que el yo pueda habitar».[23] Oigo a mi madre recitar su mantra: «Avis, entrelázalo, entrelázalo todo». En una cita que se le suele atribuir, Jung señaló que ni siquiera una vida feliz puede prescindir de una pizca de oscuridad, y que la palabra «felicidad» perdería su significado si no estuviera equilibrada por la tristeza. Me llevó años entender y aceptar que lo que sale de la oscuridad puede convertirse en luz en el crisol del lamento. Tenía once años cuando lo maté. Cada hilo de mi vida se deshizo en un solo instante y mis huesos fueron arrancados de mi cuerpo. Es el acontecimiento vital a partir del cual se miden todos los días. Ahora tengo setenta y cinco años, y camino dentro de la historia que se ha contado, todavía recogiendo los huesos, tejiendo el puente que se arquea hacia la orilla donde las misericordias de Dios son nuevas cada mañana.



Puesta de sol sobre Auschwitz. https://www.civitatis.com/en/krakow/auschwitz-birkenau-day-trip/Gallery

Hay una nota final para los que llevan mucho tiempo lamentándose. La descubrí en la obra de teatro *El juicio a Dios*, del superviviente del Holocausto y Premio Nobel de la Paz Elie Wiesel. Esta obra, creo, es el lamento de Wiesel en 208' Sin embargo, es en la Introducción donde se relata el corazón del lamento de Wiesel. En la Introducción, el teólogo Robert McAfee Brown captó el trasfondo profundo de la obra, que se sitúa en Auschwitz, un campo de exterminio nazi, cuando Weisel tenía quince años. Un maestro de Talmud se hizo su amigo, insistiendo en que, siempre que estuvieran juntos, estudiarían Talmud—pensamiento y teología judíos—Talmud en un campo de concentración, sin bolígrafos ni lápices—Talmud sin papel, sin libros. Sería su acto de desafío religioso.



Dorothy Gager, «From Mourning to Morning | Psalm 30:1» [«Del luto a la mañana | Salmo 30,1»], fotografía reproducida con permiso del artista.

Una noche, el maestro llevó a Wiesel a su propio barracón y allí, con el niño como testigo, tres grandes eruditos judíos —maestros del Talmud, la Halajá y la jurisprudencia judía— juzgaron a Dios, creando un tribunal rabínico para acusar al Todopoderoso. El juicio duró varias noches. Se escucharon testigos, se reunieron pruebas, se extrajeron conclusiones, todo lo cual finalmente desembocó en un veredicto unánime: El Señor Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, fue declarado *culpable* de delitos contra la creación y la humanidad. Entonces, uno de los rabinos alzó la vista al cielo, vio que se ponía el sol y dijo: «Es hora de las oraciones de la tarde», y los miembros del tribunal recitaron el oficio vespertino.[24]

¿Cómo pudieron hacer eso? Después de declarar culpable de crímenes contra toda la creación y la humanidad a Aquel a quien habían dedicado sus vidas —el Yahvé de su tradición y su fe—, ¿cómo podían, al ver ponerse el sol, ponerse simplemente a rezar al mismo Dios al que acababan de acusar y condenar por crímenes tan atroces? ¿Cómo pudieron? Es ese giro audaz en el que nos negamos a abandonar al Dios de nuestro abandono. Este es el misterio de la dinámica del lamento, cuando el dolor da paso a algo Más, algo sacramental: esa Presencia de la que uno no puede separarse ni siquiera en medio del abandono. Cuando das, con vacilación y de forma parcial, pero

con autenticidad, ese giro interior radical, dirigiendo tu mirada hacia Jerusalén, contemplando el horizonte donde Aquel que promete estar con nosotros te llama, y te rindes a la certeza de que pasarás tu vida meciéndote allí, reuniendo los huesos, tejiendo el puente que se arquea hacia la orilla donde las misericordias de Dios se renuevan cada mañana. Vivir nuestros lamentos como una forma de vida.

Notas:

1. Gregory Orr, *Gathering the Bones Together [Recogiendo los huesos]* (Nueva York: Harper and Row, 1975), 9.
2. David W. Peters, *Accidental: Rebuilding a Life After Taking One [Accidental: Reconstruir una vida después de haberle quitado la vida a alguien]* (Minneapolis: Broadleaf Books, 2023), 37.
3. Kathleen M. O'Conner, *Lamentations and the Tears of the World [Lamentaciones y las lágrimas del mundo]* (Maryknoll, Nueva York: Orbis Press, 2002), 4.
4. O'Conner, *Lamentations [Lamentaciones]*, 7.
5. Partiendo de la idea de Johann Baptist Metz de que hay recuerdos en los que experiencias pasadas irrumpen en el centro de nuestras vidas y nos revelan perspectivas nuevas y peligrosas para nuestro presente. Metz dice que esos recuerdos son como visitantes peligrosos e incalculables del pasado que portan un contenido futuro. Ver Johann Baptist Metz en «The Future in the Memory of Suffering» [«El futuro en la memoria del sufrimiento»], *Concilium* 76 (1972), 15.
6. Ernest Hemingway, *A Farewell to Arms [Adiós a las armas],* (Nueva York: Scribner, 1929), 249.
7. Carl G. Jung, *Memories, Dreams, Reflections [Recuerdos, sueños, pensamientos]*, ed. rev. (Nueva York: Random House, 1989), p. 236.
8. Véase a Avis Clendenen en la obra original: Clendenen, A. (2010). Accidental Killers and Their Long Lament. *Journal of Pastoral Care & Counseling: Advancing Theory and Professional Practice through Scholarly and Reflective Publications*, 64 (3) 1-9. https://doi.org/10.1177/154230501006400307 (Obra original publicada en 2010). Se recibió permiso de Sage Publications para

partes del artículo original.

9. Citas de un correo electrónico del Dr. Terry R. Bard, editor en jefe de la revista *Journal of Pastoral Care and Counseling* a Avis Clendenen en 2010.
10. Gregory Orr, *The Blessing: A Memoir [La bendición: unas memorias]*(Chicago: Council Oak Books, 2004), 75.
11. O'Connor, *Lamentations [Lamentaciones]*, 73.
12. Walter Brueggemann, *A Pathway of Interpretation: The Old Testament for Pastors and Students [Una guía de interpretación: El Antiguo Testamento para pastores y estudiantes]*. (Eugene, Oregón: Cascade Books, 2008), 116.
13. Brueggemann, *A Pathway to Interpretation [Un camino hacia la interpretación]*, 117.
14. Ver Carl G. Jung en *Answer to Job [Respuesta a Job]*, un libro íntimo y polémico que explora al Dios oscuro y su lucha con la teodicea. En cierto sentido,*Respuesta a Job* es el lamento de Jung.
15. O'Connor, *Lamentations [Lamentaciones]*, 9.
16. Walter Brueggemann,*Awed to Heaven, Rooted in Earth: Prayers of Walter Brueggemann [Maravillado ante el cielo, arraigado en la tierra: Oraciones de Walter Brueggemann]* (Minneapolis: Fortress Press, 2003), 81.
17. O'Connor, *Lamentations [Lamentaciones]*, 57.
18. O'Connor, *Lamentations [Lamentaciones]*, 57.
19. Gregory Orr, citado en Gwen Gilliam y Barbara Chesser, Fatal Moments:*Fatal Moments: The Tragedy of the Accidental Killer [Momentos fatales: La tragedia del asesino accidental]* (Latham, Maryland: Rowman and Littlefield, 1991), p. 157.
20. O'Connor, *Lamentations [Lamentaciones]*, 45.
21. John Courtney Murray, *The Problem of God [El problema de Dios]* (New Haven: Yale University Press, 1964), 10.
22. Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship [El costo del discipulado]* (Nueva York: Macmillan, 1963), 43–56.
23. Orr, *The Blessing [La bendición]*, 134–135.
24. Véase Robert McAfee Brown, «Introducción», en *The Trial of God [El juicio de Dios]* (tal y como se celebró el 25 de febrero de 1649 en Shamgorod), de Elie Wiesel (Nueva York: Random House, 1979), xiv–xv. El subtítulo entre paréntesis «tal y como tuvo lugar el 25 de febrero de 1649 en Shamgorod» no es una afirmación histórica, sino un recurso literario de Wiesel: sitúa la

obra en un *shtetl* ficticio tras las masacres de Khmelnytsky, lo que le da a la obra el tono de un proceso judicial documentado, al tiempo que deja claro que el «juicio» representa una respuesta judía ritualizada ante la catástrofe, más que un hecho real.